



ESPAÑA Y AMERICA

LA idea de América produce notables confusiones y contradicciones en el español. No se entiende bien. La conquista produce desde la admiración y el triunfalismo hasta un complejo de culpabilidad; lo mismo pasa con la colonización, que nos ofrece sensaciones de toda clase, desde el orgullo característico de haber llevado la religión, el idioma y la cultura a la pesadumbre de haber destruido civilizaciones originales. La salida de América se inscribe entre una satisfacción por la mayoría de edad de las hijas preferidas a un pesimismo histórico, el del noventa y ocho, y la denominación de desastre. El español suele sentir un complejo de superioridad frente al americano, entre paternal e irónico, y una admiración sin límites por la cultura de sus grandes escritores, que han dado brillo a un idioma que entre nosotros se anquilosaba. No sabemos ni siquiera qué nombre dar a ese gran fragmento del continente: Iberoamérica, Hispanoamérica, Latinoamérica; cada uno vacila antes de pronunciar uno de esos nombres por no caer en la "trampa" de las cargas semánticas. Mientras, los Estados Unidos resuelven orgullosa y políticamente su propio enigma llamándose América, ellos solos.

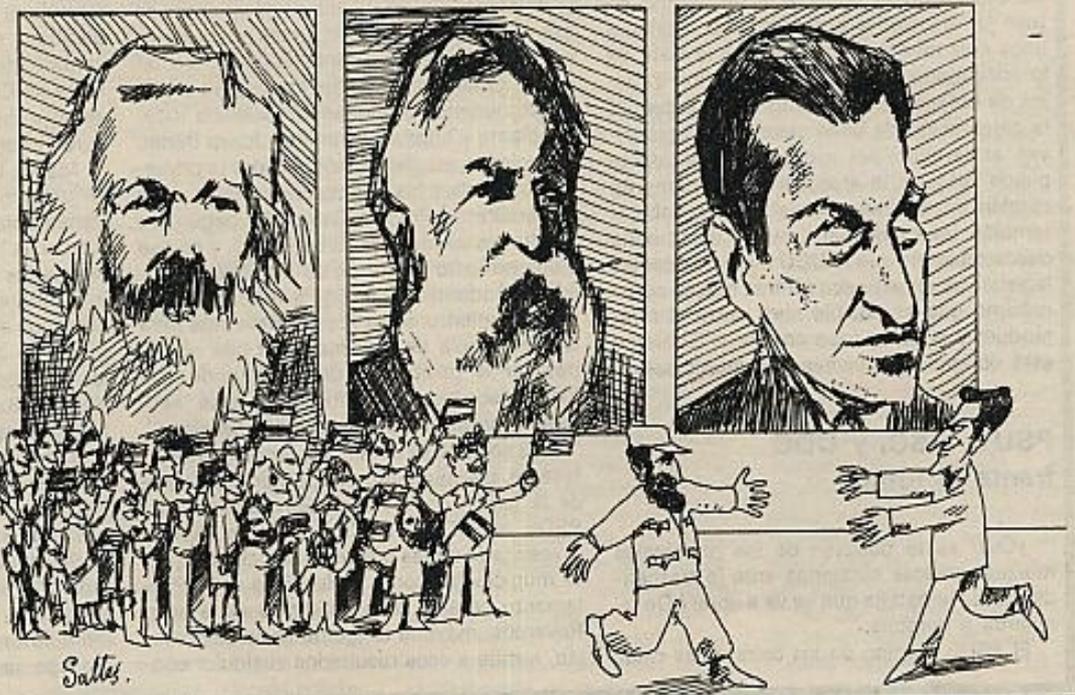
La política española con respecto a América ha sido también, y siempre, confusa desde el imperia-

lismo de la hispanidad, al que se dedicaron Instituciones especiales con grandes cancilleres, y políticos de la línea de Blas Piñar, Sánchez Bella y Fraga Iribarne hasta la última inclusión en la Constitución, por enmienda, de una mención especial "a las naciones de nuestra comunidad histórica" de manera que el Rey estará encargado de velar por mantener con ellas "vínculos espirituales, culturales y de especial convivencia". Faltaba la diferencia de regímenes políti-

cos entre los países de América y las tensiones crecientes en nuestro país para crear mayor confusión: el apoyo a Videla que puede suponer el viaje del Rey a la Argentina, o el de Castro a Suárez por ir a Cuba; el apoyo a Felipe González en Venezuela... Todo ello mezclado con leyendas de indios ricos y emigrantes pobres, Pegasus, puentes de gran ingeniería, multinacionales, influencias en África y en Canarias, créditos, recuerdos de apoyo a Franco en la

ONU, recuerdos de un exilio acogido y respetado, influencias de los Estados Unidos —mezcladas, claro, con recuerdos del "desastre"—, folklore, programas de televisión como el de "300 millones", presencia de los exiliados americanos en España (desde los cubanos anticomunistas hasta los actores argentinos, y los escritores de todas clases, pasando por los grandes magnates de las dictaduras refugiados en Puerta de Hierro o en la Costa del Sol); todo ello, sin duda, impidiendo hacerse una idea clara del pasado, el presente y el futuro.

El viaje del señor Suárez a Cuba y a Venezuela no ha ayudado mucho a clarificar la situación, desde un punto de vista político. Sus discursos sobre el tema y sus declaraciones han sido retenidas, acobardadas, eufemísticas. Marcando al mismo tiempo, grandes aproximaciones y considerables lejanías. Reservándose muchas cosas. Quiriendo estar a bien con todos, dejando la impresión de una falta de claridad considerable. Desde el punto de vista económico, tiempo habrá de conocer los resultados y poderlos analizar. Desde un punto de vista político, la impresión es que ha ido a barrer el terreno de la impregnación que ha dejado, sobre todo en la clave de Venezuela, Felipe González: que ha ido a hacer una forma de política interior. La izquierda en un sentido, la derecha en otro, dan una gran importancia a su presencia en Cuba. Es, probablemente, una etapa muy interesante. Pero nada más. ■



Saltes.